

RESILIENCIA...
Historia después del funeral



Wendy Luna

**A MI PADRE DEL
DESTINO, AUNQUE YA
NO ESTE PRESENTE**

INDICE

I. El funeral.....	4
II. La mudanza.....	18
III.Secretaria del médico.....	33
IV.Mi hermana Thais.....	51
V. Bogotá.....	68
VI.Mi graduación.....	94
VII. La aeromoza.....	113
VIII.Juliano.....	126
IX.Nuestros hijos.....	129
Resiliencia.....	131

I. El funeral

Cuando mi padre murió, sentí que al fin verdaderamente descansaría, la diabetes había avanzado y se complicaba con los constantes ataques de asma, era tan difícil ver a Miguel tendiendo a papá en el piso para bañarlo y arreglarlo, decidí entonces, inmediatamente llamar a Sandy, creerá que es para felicitarla ya que hoy, exactamente cumplimos diecisiete años de amistad, esa fue la fecha que seleccionamos para celebrar tantos días juntas, venturoso 16 de julio de 1993. El llanto me invadió en una confusión de emociones, sabía en el fondo que todo había terminado, mi padre, era todo para nosotras, mi madre, no hablaba, callada, impresionada, tal vez fuera

de sí, actuaba respondiendo a todo lo que Miguel le sugería. Miguel, era amigo de Sandy y trabajaba desde hace meses preparando cadáveres para una concurrida funeraria de la ciudad. Mi padre, era quien nos mantenía, a sus setenta y cuatro años aun trabajaba, se iba tempranito y abría un pequeño negocio donde mis tíos arreglaban electrodomésticos, se vendían repuestos y hasta ropa elegante que el mismo confeccionaba con la ayuda de mi madre.

El cuerpo inerte, frío, yacía tirado en el piso de la sala cuando Sandy llegó, eran las siete de la mañana y ella se le echó encima a mi padre que también era el suyo, no pudo despedirlo, en su regazo ella culpaba a mi padre, estaba consiente que el destino nos separaría.

Sandy, es un año menor que yo, es una gaviota libre en su andar, hija de unos vecinos de la cuadra, su madre hogareña y su padre un borracho empedernido, que por lo general nunca está en casa. Ella adoptó a nuestra familia como suya y por lo general pasa todo el día con nosotros, sé que la muerte de mi padre, será para ella un estruendo en su corazón y en su transitar en los siguientes días.

A mi padre le han colocado, el mejor de sus trajes, Sandy lo ha escogido con detenimiento recordando que en vida, él le dijo que con ese traje había bailado el tango Yira de Gardel, con un gran amor que nunca más volvió a ver, “cuando manoseo este traje, es inevitable sentir en las venas ese amor breve y fugaz que marcó mi vida para siempre”, mi padre en su andar experimentó varios amores, pero segura

estoy que la mujer de este episodio no era mi madre.

¿Qué será de nosotras, ahora? Me preguntaba, confundida, de aquí en adelante mi madre y yo solas, acostumbradas a la tranquilidad del hogar, mi amiga Sandy, cada día se hacía mas mujer y poco a poco se alejaba en busca de nuevas amistades y nuevas experiencias, ya en la casa se percibía el olor fúnebre de la despedida, cajas de remedios por todos lados, bombas de oxígeno y brebajes en la nevera que usábamos para controlar la diabetes de papá.

Soy Siorella Benalcáceres, de mí no tengo mucho que decir, último retoño de un colombiano de Bogotá, con una educación muy particular, diecinueve años de páginas en blanco, las únicas líneas escritas se las debo a Sandy. Tengo siete hermanos por parte de

papá, todos profesionales, de tez blanca, inteligentes, entre ellos hay un abogado que pertenece a la aristocracia de la gran Caracas y un torero que mucho orgullo ha dado a mi padre, pero quien se ha dedicado a velar por mi padre es el médico cirujano, el menor de ese matrimonio y además es atento con mi madre y conmigo, yo soy morena, color canela cabello ondulado, largo y abundante, mala estudiante, necesito estudiar dos veces el mismo año para avanzar, he tenido dos novios, los dos me han dejado por gris, Sandy dice que mi ropa parece mortaja, nunca le he dado un beso a nadie y me llaman poquitico, estoy acostumbrada a recibir sin mayor esfuerzo, soy hija única de mi madre, me invaden los miedos diariamente y solo confío en Sandy, ella es mi fuerza motora, el paño de lagrimas como decía mi padre.

Ha llegado el ataúd, mi padre ya esta listo, lo colocaran allí y se lo llevaran, Sandy, mi madre y yo, nos hemos abrazado fuertemente, el dolor y las lagrimas hacen que nuestras gargantas sufran la presión de la despedida, del para siempre, ya no puedo más, mis rodillas se han doblado dejándome caer, no quiero que mi padre se vaya, es lo único que tengo en el mundo, mi hermano el cirujano, me regaña y me pide que me levante, que no lllore delante de la gente y que me meta un palillo en la boca cuando tenga hambre, solo así alegraré a mi padre donde quiera que se haya ido, __muchacha bruta, __me dice con coraje.

Ya en la funeraria, los amigos, vecinos y familiares se disponen a acompañarnos a despedir a papá, Sandy no se separa de mí y esto me da una fuerza indescriptible, no debo llorar delante de la gente, tampoco demostrar

hambre, esa fue la educación que recibí y debo honrarla, hoy mas que nunca. Mi hermano mayor Roberto Benalcáceres ha llegado en un vuelo directo a despedir a papá, trae con él a dos escoltas, aun no me explico para qué, hizo su entrada, portaba un traje de color marrón profundo, el olor de su perfume impregnó el lugar opacando el aroma de las flores y los sirios encendidos, no miró ni saludó a nadie, realizó una reverencia ante el ataúd, entregó un cheque a mi madre, característico de quien figura y apacigua el dolor con dinero, sin mediar palabra giro de un forma elegante y atrayente, conforme desapareció, hasta el sol de hoy no he vuelto a saber de él.

Sandy me conduce a la habitación que nos han asignado mientras dure el velorio, y me ha pedido que me desahogue con ella, no es bueno guardar y cargar con tanta tristeza, puedo